

REPUBLICA ESPAÑOLA

=====

Presidencia
Del Consejo de Ministros

Exp. : F. VALERA

26, Rue des Saussaies, 2° Etage

PARIS-14°

DEL RESCATE DE LA SOBERANIA NACIONAL

A LA REPUBLICA

Por Fernando Valera

Discurso pronunciado el 16 de Abril de 1972
en el gran banquete de confraternidad repu-
blicana, organizado por los periódicos
POLITICA y AVANCE en el Cercle Républicain
de París, 5 Avenue de la Opera.

...

Documentos y Estudios
sobre la España actual.

*Amigo Abogad:
Le adjunto el original de
este documento para el bonifico
de facturas.
Am abrazo
F. Valera*

DEL RESCATE DE LA SOBERANIA NACIONAL A LA REPUBLICA

por Fernando Valera.

= Por qué celebramos este acto :

Estoy aquí a título personal, como un republicano más de la ciudad exilada. Me dejé en la antesala las funciones representativas que a regañadientes, en espera de otro mejor, que quiera asumirlas y en cumplimiento de un deber irrenunciable eché sobre mis hombros, todavía robustos. De cuantos títulos me fueron otorgados, sólo hay uno de que me permitiréis enorgullecerme: el de diputado a las Cortes de la República, elegido por el pueblo, primero en mi patria adoptiva, Valencia, para las Cortes Constituyentes de 1931; luego, en mi Extremadura natal, para las del Frente Popular, en 1936.

Probablemente la mayoría de mis electores pertenecen ya al mundo del silencio eterno, pero el pueblo, como tal, al que represento, no puede morir, porque como dijo el filósofo: "los hombres morimos, los imperios pasan, pero los pueblos permanecen".

Soy un diputado del pueblo. Ni en la tierra ni en el cielo hay poder alguno que pueda liberarme del transcendental deber que el pueblo me confiara, y si yo, en un momento de flaqueza, renunciase a mi investidura, no por ello dejaría de ser lo que soy; sería un diputado vencido, cobarde, desertor o apóstata, pero seguiría siendo un diputado del pueblo, en tanto que éste no haya podido libremente elegir un nuevo Parlamento de la nación.

Y luego, a través de cincuenta años de batallar en la tribuna pública, soy y ya no puedo dejar de ser un profeta del evangelio de la libertad. De cuantos elogios se me han hecho en tan larga vida de afanes, ninguno me satisfizo tanto como el que me dedicara Marcelino Domingo al titularme, en Valencia, el San Vicente Ferrer de la República, allá en mis años mozos cuando iba yo peregrinando de pueblo en pueblo, soliviantando la conciencia popular y anunciando el advenimiento de la República.

Así, pues, como uno más de vosotros, ni el mejor ni el primero, sin otro título que el que el pueblo me dio, ni otras ejecutorias que las de una larga y afanosa vida consagrada a la prédica de la libertad, vengo a compartir con vosotros el pan y el vino de esta conmemoración republicana.

He vacilado en hacerlo. Primero, por temor de no acertar a deciros nada de lo que ya no estéis al cabo de la calle, con lo que mi peroración sería innecesaria. Esta primera vacilación se me desvaneció gracias a un mensaje que he recibido de los grupos republicanos de un lugar de España. A juzgar por el sobre, de una provincia del Levante español, que no es precisamente Valencia. No puedo revelar más. Me dije: con retransmitir y comentar este auténtico mensaje, ya tengo tema de actualidad y de interés para mi discurso. El mensaje os ha sido ya leído por Don Antonio Remis, que también lo recibió de España.

Mi segunda duda en acudir a este banquete y hablar en él, fué la de si no daría pábulo a la especie de quienes dicen que los republicanos del exilio no hacemos ni sabemos hacer otra cosa que organizar banquetes conmemorativos.

Conste que yo no he organizado nunca ninguno, aunque me haya complacido en asistir como simple comensal a muchos. Me extraña, a decir verdad esa censura; y me extraña más, proviniendo de labios de un sacerdote católico. En efecto, pronto hará veinte siglos que en un modesto albergue, a las afueras de Jerusalén, se reunieron a cenar en torno a una pobre mesa el mendigo iluminado y sublime de Galilea y doce de sus discípulos, todos pobres, iletrados, y entre ellos uno traidor. El suceso, intrascendente, pasó inadvertido incluso para las autoridades de la Sinagoga y del imperio, y sin embargo, de aquella cena frugal había de surgir, andando el tiempo, una de las más profundas revoluciones culturales de la historia humana: el cristianismo.

Millones de seres se han congregado después en todo el mundo y a través de los siglos para comulgar, es decir, para poner en común los corazones, y en los tiempos de la Iglesia primitiva -que ahora renacen tras siglos de pecaminoso olvido- para poner en común los bienes, las haciendas, pues que, según se lee en los Hechos de los Apóstoles, los cristianos primitivos eran, si no comunistas, por lo menos comunitarios.

Y en conmemoración de aquella cena, los creyentes llenaron el mundo de basílicas, de monasterios, de asilos, de hospitales, de escuelas, de talleres, de hospicios y albergues; y levantaron maravillosas catedrales que eran como el símbolo y síntesis de la ciudad medieval, en donde se acumularon todas las obras de la industria humana: la piedra labrada con primores de orfebrería, en casilicios, pórticos, aéreas bóvedas de crucería o ágiles agujas ojivales; las vidrieras policromadas por donde se filtra la luz del sol como, al decir del místico castellano, penetra la luz del Cristo en cada una de las almas iluminándolas de inmortalidad; y los vasos y joyas sagradas, y las estatuas de un Miguel Angel, de un Mena, de un Hernández, de un Salcillo, y los frescos y óleos de un Boticcelli, un Rafael, un Greco, un Velázquez y un Murillo, y en fin, la portentosa música sacra de los Vitoria y los Palestrina, de los Bach, los Mozart y los Beethoven, única manifestación humana en que el arte -que al decir de Malraux no es el imitador, sino el rival de la naturaleza- aventaja a cuanto hay de sonoro en la obra del Creador. Y todo ello -¡qué estupenda revolución!- todo ello, merced a la proyección conmemorativa en la sociedad y en el tiempo de aquella frugal cena, en un humilde albergue, hace más de mil novecientos años, a las afueras de la Ciudad Santa.

* * *

= Sin pensamiento común, no hay acción unificada.

Sí; reunirse para partir el pan y el vino, si ello no se hace con ánimo de hinchar la panza, sino de convivir unos momentos los ideales y propósitos comunes, y para pensar en los comunes deberes, y en el común destino, puede ser un considerable acto de creación humana, un acto revolucionario.

Porque no hay revolución sin pensamiento creador que la preceda. Ni Proudhon, ni Marx, ni Bakunine, ni Kropotkine, ni durante la mayor parte de su vida el propio Lenin, hicieron apenas otra cosa que pensar, que sembrar pensamiento revolucionario; pero de aquella siembra han salido en materia social casi todas las conquistas de que se ufana la civilización moderna, incluso en el llamado mundo capitalista: la dignificación del trabajo, la igualdad de los derechos políticos, el sufragio universal, la escuela pública y gratuita para todos, la seguridad social, el retiro obrero, las pensiones a la vejez, la asistencia pública, el impuesto progresivo y nivelador sobre la renta, etc., etc., que no fueron generosas donaciones salidas de la andorga insaciable de la burguesía, sino conquistas revolucionarias penosamente arrancadas al capital por las clases obreras..., siguiendo las

enseñanzas y y directrices de los grandes pensadores socialistas.

La acción pura, sin pensamiento ni plan, no es trabajo, ni menos trabajo revolucionario; puede ser incluso estéril dilapidación de los esfuerzos y sacrificios. Como sin plano del ingeniero o del arquitecto no hay fabricación de máquinas ni construcción de edificios, así sin doctrina creadora, sin pensamiento, no hay ni puede haber acción revolucionaria. Tal es el sentido transcendental que en la China moderna tiene el llamado pensamiento de Mao Tse Tung.

Y luego de pensar, hay que traducir en acción el pensamiento colectivo. ¿Cómo? Proudhon, que fué el gran creador del lenguaje socialista, porque además de ser un profundo pensador, poseía una imaginación fulgurante, a veces excesiva, Proudhon, digo, relata y comenta en una de sus obras la erección del obelisco en la Plaza de la Concordia como un ejemplo de lo que puede la concertación y simultaneidad de los esfuerzos humanos. Se hizo la erección a pura fuerza de brazos, porque entonces no se habían inventado las poderosas máquinas modernas, tirando de unas cuerdas miles de trabajadores. No bastaba -dice- para obtener el resultado apetecido sumar el potencial de trabajo de todos y cada uno de los obreros, sino que era menester que tirasen todos a una en la misma dirección, al mismo ritmo y al mismo tiempo. Es decir, era menester que hubiese un plan de trabajo capaz de sumar, concertar y simultanear los esfuerzos.

Todos a una, y en la misma dirección, y al mismo tiempo. Como lo hicimos, como supimos hacerlo los españoles el 14 de Abril de 1931 cuando se instauró la República. Así lo recuerdan nuestros correligionarios del interior en el Mensaje que se acaba de leer.

Como no supimos hacerlo luego para gobernarla y consolidarla. Ni para defenderla, a pesar de los prodigios de heroísmo derrochado. Como no hemos sabido hacerlo, hasta ahora, para restaurarla.

Poseído cada cual de su propia receta política o doctrinaria, hemos neutralizado, anulado y dilapidado los entusiasmos, los sacrificios y los heroísmos, ciertamente considerables y que vistos uno a uno merecerán la admiración de las generaciones futuras, pero que considerados en su conjunto y, sobre todo, en sus resultados, se resumen en esto: cinco años de Gobierno vacilante y contradictorio, tres años de guerra terrible, y treinta años de encierro, destierro o entierro a que nos ha condenado una tiranía miserable y aborrecible, pero férreamente unida -por el interés, el odio y el miedo, ya lo sé, pero unida- detrás de su jefe carismático.

Estábamos en pleno epopeya. Era el 24 de Enero de 1937, y hablando yo en el Teatro Municipal de Castellón de la Plana, en un discurso radiado que desde el fondo de un pozo seco, donde estaban escondidos, escucharon con emoción unos correligionarios de Teruel, decía yo esta infausta profecía: "Hay que ganar la guerra..., y para ganarla hay que engendrar en nosotros determinadas virtudes propias de la guerra. Yo soy antimilitarista y pacifista. Lo era antes, lo soy ahora, en plena guerra, y lo seré mañana. Aborrezco la guerra; me causa profunda indignación y repugnancia el mero hecho de su existencia, pero la guerra es una realidad que tenemos delante. No podemos cerrar los ojos o esconder la cabeza debajo del ala como dicen que hace el avestruz para ignorar el peligro. Hay que ganar la guerra, forjando el espíritu de unidad de todos los combatientes de la República Española. Sin ese espíritu de unidad, que no es la mera unidad disciplinaria, sino el impulso y el pensamiento comunes en que debemos coincidir cuantos aspiramos a un mundo mejor; sin esa unidad espiritual, se dilapidarán nuestras energías, la guerra se ganará tarde -si se gana- y se pondrá luego

muchas veces en riesgo el fruto de la victoria". "Nada me causa tanto dolor como cuando advierto en las columnas de nuestros periódicos las querellas entre partidos disputándose la hegemonía del movimiento revolucionario. ¿Quién va a controlarlo? Si nos detenemos mucho a discutirlo, yo sé ya quién va a controlar la revolución: el General Franco".

También nosotros tenemos que hacer nuestra autocrítica para discernir la parte de responsabilidad que a todos y cada uno nos incumbe en la hecatombe de la guerra civil española; porque, cuando un pueblo sufre una conmoción tan profunda, nadie es inocente -nosotros tampoco-, nadie está totalmente exento de culpa. Como ante el drama del calvario, habría que clamar el epifonema del poeta romántico: "llorad, llorad, humanos, todos en Él pusisteis vuestras manos".

¿Cómo forjar ese clima de unidad, ese pensamiento unificador que concierte, sume y simultanee las energías liberadoras del pueblo? Ya sé que algunos tendréis perspectivas diferentes de las que yo contemplo. Espero, sin embargo, que tengáis paciencia para escuchar las mías con la misma atención e interés con que yo escucho a todos, porque no creo poseer la fórmula única y milagrosa. Pero yo no puedo expresar mas opinión que la propia; lo contrario sería una falacia indigna del que habla y de los que escuchan. No pretendo tampoco que aceptéis mis ideas de buenas a primeras. Ahí os las dejo como tema de meditación o hipótesis de trabajo, y sólo os pido que como tal las recojáis, las sopeséis y las contrastéis con vuestros propios análisis, tomando del mío la espiga granada del pensamiento y desechando la paja vana de la elocución.

= La crisis del Régimen Franquista.

En primer lugar, y coincidiendo con el Mensaje de los grupos republicanos del Levante español, me parece evidente que el régimen totalitario ha entrado ya en proceso de desintegración progresiva.

Los carlistas reniegan de su vinculación al Movimiento del 18 de Julio, al que tan eficazmente sirvieron, y se proclaman, tardíamente, demócratas y hasta socialistas.

La Falange se convirtió en una burocracia parasitaria, sin la brutalidad e ímpetu iniciales, pero también sin el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera que arrumbaron en el desván de los trastos viejos. Los militantes sinceros -que también los hubo, cómo no- se percatan de que su sola misión fué actuar de comparsa del Movimiento, concentrando las masas rebañegas para que balasen a coro el Franco, Franco, Franco, a cambio de que el Caudillo les procurara el costal diario de cebada en el pesebre del Presupuesto nacional.

"Hemos incurrido -dice uno de los arrepentidos- en la máxima contradicción de vociferar consignas de extrema izquierda en materia social, para apuntalar en la práctica a la más extrema derecha en materia política". Es lo que llamé yo un día el pacto de la comparsa y el pesebre.

¿El OPUS? Permitidme expresar mi opinión, que os parecerá insólita, de que se trata de un fantasma político sin consistencia real en el mundo de las cosas tangibles, a pesar de sus Matesas y de sus millones, y cuya mayor baza consiste en el misterio que le envuelve y en el sentimiento de temor supersticioso con que, en virtud de ese esoterismo, le contemplan sus adversarios. Su poder es un poder prestado, que le viene de la confianza que, temporalmente, le otorgó el Caudillo; pero si un día le estorbara, se desaría del OPUS de un papirotazo, como se ha deshecho de la que también parecía

poderosísima Falange. En la palestra de una democracia libre se diluiría como un azucarillo en el agua. Es un fantasma, y los fantasmas están destinados a desvanecerse a la luz del día; porque políticamente le falta corporeidad de pueblo. Quevedo enseñaba aquello de que el alma sin cuerpo no es hombre, sino fantasma, y el cuerpo sin alma tampoco es hombre, sino cadáver. El espectáculo a que asistimos en el proceso de descomposición del franquismo, cuyas dos únicas fuerzas políticas organizadas eran la esotérica y aristocrática del OPUS y la exotérica y populachera y vociferante de la Falange, es ya una pelea espectral del cadáver insepulto de la Falange con el fantasma aparential del OPUS; una danza macabra que preside impertérrito y estupefacto, sin decidirse todavía a deshacerse en polvo vil, la momia del Caudillo.

¿La Iglesia? No necesito insistir. Por fín, una parte mayoritaria de ella se ha dado cuenta de que la Cruzada fué un mal negocio para la Institución en lo que tiene de permanente, pues que al precio de los favores ocasionales del Estado totalitario, se ha sacrificado la independencia y, sobre todo, el amor del pueblo creyente.

De ahí la angustia con que los prelados, los teólogos y las asambleas conjuntas de fieles y eclesiásticos reconocen públicamente haber pecado de parcialidad durante la guerra civil -y lo que es más grave, comento yo, durante la implacable represión- y solicitan el perdón del pueblo por no haber sabido ser mensajeros de paz, caridad y justicia, como algunos republicanos, yo entre ellos, se lo pedíamos.

Claro es que en esta evolución de la Iglesia española no todo es influjo benéfico y renovador del Concilio II Vaticano, no todo producto del examen de conciencia; yo malicio que hay en ello no poco de instinto de conservación y prudente deseo de desembarcarse a tiempo de un navío que hace agua. Cuando no hubiera otros síntomas prometedores, este sólo bastaría para reavivar la fe de los desalentados y pesimistas; porque la Iglesia tiene muy buenas antenas, y está mejor enterada que nadie del derrumbamiento institucional que se avecina.

¿Las Instituciones de la llamada Democracia Orgánica?. Todo el mundo, hasta los que las maquinaron y las usufructúan, saben que son pura ficción jurídica, sin otra consistencia que la que les viene del anciano achacoso y gemebundo de El Pardo. Ni los Procuradores en Cortes, ni los Jerarcas del Movimiento, ni el propio señor Fraga Iribarne que fué el partero mayor del nefasto alumbramiento, creen ya en la legitimidad y estabilidad del engendro institucional salido del simulado Referendum. "Lo que se haga, hay que hacerlo de veras", clama ahora el señor Fraga Iribarne, lo que vale tanto como confesar que lo que se hizo antes fué de mentirijillas.

Dos testimonios, entre los infinitos que podría citar, os demostrarán que esa inquietud ante lo que pueda pasar en España ha ganado el ánimo de los militantes del régimen franquista. Uno, que podríamos llamar europeo y civilizado, el de Don Luís María Ansón, publicado el 12 de Marzo en el A B C de Madrid: "Los laureles políticos de hoy suelen hacerse coronas de espinas mañana. Tras los domingos de ramos acechan los viernes de pasión. La única manera de sortearlos es quizá hacer política a largo plazo son perspectiva histórica". "...en España hay ya toda una nueva generación mayoritaria, entre los veintitantos y los cuarenta y tantos años, una generación moderada y prudente que desea la ordenada convivencia y el diálogo fértil, una generación a la que, en definitiva, bastaría levantar la piel para encontrar palpitando en carne viva, sobre posiciones e ideologías diversas, el dominador común de estos dos grandes ideales: la libertad y Europa". Otra que diríamos cerril y africana, la del llamado Marqués de San Juan de Puerto Rico, que cito del A B C del 6 de Abril último, página 22: "Aquella paz ganada

con sangre, sudor y lágrimas de todos, parece que se nos escapa" "...sí quiero decir sin pecar de alarmista, que un enemigo invisible nos empieza a ganar la partida" "... Por otro lado, parece ser que se conoce a estos agitadores que actúan en Universidades, empresas, etc, pero por lo visto, y esto sí que es difícil de entender, no se puede proceder abiertamente contra ellos. ¿Por lo que puedan pensar en el extranjero?. ¿Por no ser oportuno en momentos de Tratados y convenciones con otros países?. ¿Por presumir de un liberalismo que no convence a los de dentro ni a los de fuera? No sé, pero me parece que estamos pagando y vamos a pagar un precio muy caro por nuestra pirueta democrática".

Con razón, la persona o grupo de personas que se ocultaban bajo el pseudónimo de Juan Ruíz, escribían en MADRID, el año pasado, que la llamada democracia orgánica apenas tiene nada que ver con lo que se llama democracia en Europa, como no sea el uso abusivo e inadecuado de la misma terminología. "Lo único que importa en España son las decisiones del Jefe del Estado-Caudillo. No hay más Gobierno que el propio Jefe del Estado". "No se puede hablar tampoco de oposición a nivel de Gobierno, entendido como poder Ejecutivo; ni de oposición, a nivel de las Cámaras legislativas, porque están prohibidos los partidos políticos, y porque la Cámara no goza de plenitud de poder legislativo". "No existe oficialmente la oposición política. No hay tampoco cauce para una auténtica oposición individual".

Y yo comenté: "pues si en España no hay ni Gobierno, ni oposición, ni auténticas instituciones, ¿que hay en España?. Un Caudillo decrepito, balbuciente y declinante, y detrás de él un Príncipe estólido, a todas luces incapaz de asumir el carisma del viejo Caudillo, y en la sombra, un pueblo que rumia y acumula en silencio sus rencores, y más allá, la sima abierta de un porvenir incierto que invita al vértigo, la perspectiva de un apocalipsis nacional, si no acertamos entre todos a desbrozar a tiempo el camino de una nueva democracia republicana".

= Usurpación y secuestro de la Soberanía Nacional.

Ahora bien, antes de sacar las consecuencias prácticas de ese análisis, abocetado a grandes brochazos, me parece obligado hacer un comentario de carácter moral: bien está ese examen de conciencia de los elementos inicialmente fundadores del régimen totalitario. Bien está que los carlistas, falangistas, eclesiásticos, Procuradores en Cortes y hasta ex-Ministros de Franco hagan examen de conciencia y confiesen sus pecados; pero para que la confesión tenga virtud sacramental precisa que al mea culpa acompañe el propósito de enmienda y, sobre todo, la reparación del mal causado.

No basta -para que los creamos sinceros- que los carlistas reclamen, ¡ahora!, derechos humanos, libertad y democracia; no es suficiente que los falangistas descubran que en realidad lo que ellos querían, sin saberlo, era el socialismo; no es tampoco bastante que la Iglesia española pida perdón por no haber sabido conducirse cristianamente durante la guerra civil predicando la paz entre hermanos.

(Y no es ocioso recordar que, a la sazón, el Jefe legítimo del Estado, Don Manuel Azaña, esculpía para la eternidad en su inmortal discurso de Barcelona, hablando bajo las bombas enemigas, aquel tríptico PAZ, PIEDAD, PERDON que resume la aspiración de la República durante la guerra. Y que también el Jefe del Gobierno, Don Juan Negrín, ante las Cortes reunidas por última vez en territorio nacional, en los fosos del Castillo de Figueras, declaró: "Que la finalidad de la guerra, para los republicanos, era llegar a la paz. Todas las guerras se hacen para llegar a la paz, pero

sobre todo cuando la guerra no se ha querido, cuando la guerra nos ha sido impuesta".)

Digo, pues, que el examen de conciencia y el público arrepentimiento y el propósito de enmienda serán una mentira más, una superchería más, una impostura más, si no se traducen en voluntad de restituir el bien usurpado a España: LA SOBERANIA NACIONAL.

No se puede creer en la sinceridad de tantos golpes de pecho, de tanta palabrería democrática, de tantos alardes de neo-socialismo, de tanta monserga pseudo-revolucionaria, cuando vemos que el coro de los arrepentidos se apresta a perpetuar, al margen de la voluntad del pueblo, y en la persona de un Príncipe pelele, el máximo crimen histórico, el que no prescribirá jamás: LA USURPACION Y SECUESTRO DE LA SOBERANIA NACIONAL.

De ese crimen proceden todos los demás que se han venido perpetrando desde 1939, desde las trágicas inmoluciones de ciudadanos, hasta la nauseabunda, sórdida y maloliente trapacería de MATESA.

Es preciso repetirlo, una y cien veces, para que el tiempo y la amnesia, y la confabulación de los intereses nacionales e internacionales creados, no lo borren de la conciencia vigilante del pueblo: España está sin Instituciones legítimas, y al borde de una nueva hecatombe, porque en 1939 se consumó el secuestro de la soberanía nacional, por el alzamiento del Ejército colonial, al servicio de las castas feudales del país, en contubernio con la delincuencia instalada entonces en el Poder en la Alemania nazi y en la Italia fascista, y contando con la complicidad vergonzante de las cobardes democracias occidentales.

Y como ese crimen no ha sido reparado, por eso, el primero y fundamental problema de España en 1972, continúa siendo, como en 1939, el rescate de la soberanía nacional secuestrada.

= La Monarquía continuísta, heredera de la usurpación.

Ya sé -me consta por testimonio personal y directo- que en la mente de altos Jefes del Ejército y en el ánimo de muchos oficiales jóvenes que no conocieron la guerra civil, se está produciendo ahora el mismo examen de conciencia que años atrás se operaba en el seno de la Iglesia española, y que por efecto de ese examen de conciencia comienza a nacer en ellos la convicción de que se le deben restituir al pueblo las libertades usurpadas, vigentes en todos los pueblos civilizados, y de que la función del Ejército no es convertirse en cómitre de una galera de esclavos, sino acatar y servir a la voluntad popular y garantizar la estabilidad de las Instituciones y libertades públicas.

A pesar de la colosal mixtificación con que se ha pretendido justificar el alzamiento de 1936, presentándolo como un movimiento liberador del Ejército frente a una amenaza comunista inexistente, los jóvenes militares comienzan a enterarse de que el 70 por 100 de los Generales, más del 50 por 100 de los Jefes, y más del 40 por 100 de los capitanes permanecieron leales al Gobierno legítimo de la República y fueron condenados por sus compañeros rebeldes, victoriosos, a entierro, encierro o destierro, como el resto de los españoles; de que sin el transporte aéreo de las aguerridas tropas mercenarias del Tercio y Regulares, y sin los aviones y las divisiones alemanas e italianas, el Ejército leal, secundado por el pueblo, no habría sido nunca vencido; y de que, por lo tanto, desde 1939, en realidad no

existe un Ejército español, sino un Ejército franquista, en el que muchos jefes y oficiales militan por el apego a su noble profesión, por el miedo a lo que pueda venir, y por el automatismo de la disciplina militar.

Piensen, los que tienen en sus manos los instrumentos de poder para asegurar el tránsito ordenado a esa normalidad que toda España desea, y que es la condición imprescindible para nuestra incorporación a la gran Europa, piensen en las razones doctrinales y pragmáticas en virtud de las cuales, ni la instauración ni la restauración monárquicas pueden ser garantía de paz y prosperidad futuras. Veamos por qué :

La perfidia del Caudillo, bien secundado por sus cortesanos opusdeistas, ha fabricado ya la nueva impostura con que se pretende acallar y desarmar ese honrado renacer de la conciencia patriótica del Ejército: la instauración de la nueva Monarquía, con su barroca aureola de instituciones de la democracia orgánica, que ni es Monarquía, ni es democracia, sino el nuevo ropaje de la vieja monocracia totalitaria y digital que le enseñaron sus precursores, protectores y maestros: Adolfo Hitler y Benito Mussolini.

Frente a esa colosal mistificación hay que hacer sonar las trompetas de Jericó de la rebeldía ciudadana, es decir, de la dignidad nacional, denunciando que ninguna instauración ni restauración puede ser legítima y acatable si se le sustrae al pueblo el ejercicio de la facultad constituyente, o lo que es lo mismo, si no nace de la consulta previa, libre y sincera a la voluntad popular.

Fuera de eso, cualquier operación política sucesoria, seguirá siendo una superchería, y el Príncipe o Regente que la personifique, un usurpador, heredero y cómplice de la usurpación inicial y responsable por lo tanto ante el pueblo y ante la historia del delito de lesa patria de quien le instituyó, por su sola voluntad carismática, no como príncipe de España, sino como príncipe heredero de la usurpación.

Ninguna conciencia honrada, ningún patriota sincero, puede reconocer a un General insurrecto, siquiera fuere vencedor, el derecho a disponer y legar el Trono de San Fernando como si fuese su propio patrimonio personal, legítimamente adquirido, por la misma razón por la que no se puede admitir que el corsario invoque el derecho de propiedad para legitimar la posesión y reparto del botín capturado en sus piraterías.

No faltan en los círculos de la nueva oposición, en España, -y también entre los desalentados del exilio- voces de sirena que intentan encantar a los incautos navegantes, deslizando sibilinas promesas atribuidas al Príncipe Juan Carlos de una apertura acelerada hacia las libertades consignadas en las Leyes Fundamentales del Reino y jamás cumplidas.

El que no recuerda el pasado, decía el filósofo Santayana, está condenado a vivirlo de nuevo. Acordémonos, pues, de la tradición borbónica, tradición de felonía, desde el Gran Rey Enrique IV hasta el pequeño Rey Alfonso XIII, pasando por el Rey felón Fernando VII: el "París bien vale una misa", por virtud del cual el caudillo de los propestantes se avino a ser rey de los católicos; el "entremos todos y yo el primero por la senda

constitucional", que tres años más tarde desembocaría en el escarnio e inmolación del ingenuo y valiente General Don Rafael de Riego y en la erección de la que Castelar llamó Avenida de los Patíbulos donde colgaban de las horcas los cadáveres insepultos de los confiados liberales. Todo un siglo largo de historia, que va de 1812 a 1931, está salpicado de victorias del pueblo, malogradas por haber confiado en las promesas de liberalización de la Monarquía borbónica. ¿Y se va a incurrir una vez más en el mismo candor, repitiendo la vieja historia olvidada?

No. Nada de concesiones a una instauración o restauración de la Monarquía con la engañosa esperanza de que asegure el tránsito a la normalidad democrática. Si la Monarquía está de veras dispuesta a garantizar mañana el libre juego de las libertades públicas ¿por qué no comienza, ya desde ahora, a condicionar su restauración al restablecimiento previo de esas mismas libertades?

Todo poder, llámese monárquico, llámese republicano, que pretende instalarse en el Estado antes de que el pueblo lo haya decidido, descubre el oculto designio de manejar los resortes de gobierno para adulterar la consulta ofrecida y suplantar, con apariencias de legalidad, la soberanía del pueblo.

Recomiendo a quienes me escuchan que lean el notable artículo publicado por el profesor Enrique Tierno Galván en IBERICA del 15 de Octubre de 1971 y cuyo título LOS NUEVOS CANOVISTAS es bien significativo. Extracto de él los siguientes párrafos: "El Gobierno Nixon y su aliado incondicional del momento, el sector político del OPUS DEI, tienen prisa en hacer la operación Cánovas. La colaboración americana, el OPUS DEI político-económico, la clase dominante y el enorme aparato represivo son fuerzas bastantes para mantener algún tiempo cualquier ficción". "¿Qué razones hay para que los nuevos canovistas no triunfen?" "¿No es hasta cierto punto el neo-canovismo la adaptación de la dictadura a las condiciones del desarrollo?". "Hay muchas razones para que la gran escenografía que se quiere construir no prospere, y si eventualmente triunfa no perdure, principalmente su falsedad: tosca y evidente. Pero, como razón fundamental está la razón que oscurece otro argumento: hoy, en Europa, no se puede constituir un sistema político en el cual el pueblo sea por definición menor de edad".

Y sigue el Señor Tierno Galván: "El intento de construir para siempre una sociedad dividida en dominantes que esquilman y sometidos que se dejan esquilmar, porque se han sustituido los cubos de latón por cubos de plástico, es una quimera". "Hay que repetir una vez más que todo cuanto no sea el paso hacia una democracia auténtica, en la que el pueblo sea protagonista libre, con representantes libres, en una sociedad libre, es empeorar las cosas, es decir, preparar una catástrofe, llámese guerra civil, guerra de clases o dictadura totalitaria".

≡ ≡ ≡

=, La Monarquía borbónica será siempre absolutista en España.

Hace veinticinco años que un grupo de estudiantes recién incorporados -entonces- al exilio, me preguntaban si creía yo en la posibilidad de sus-

tituir al régimen franquista mediante la fórmula, entonces de moda en grandes sectores del exilio, de una acción conjunta de las fuerzas monárquicas, republicanas y obreras, con el objeto fundamental de resolver el problema del interregno y de la futura institución política, mediante un plebiscito.

La pregunta se basaba en un supuesto inexistente: la vocación democrática de los monárquicos constitucionales. Y digo inexistente porque los monárquicos se acercaron siempre, astutamente, a los republicanos vacilantes y a los demócratas accidentalistas con el secreto designio de que éstos les prestaran las asistencias populares de que la Monarquía carece en España; no para restablecer la libertad, sino para restaurar la Monarquía que, necesariamente, luego veremos por qué, en España será siempre absoluta.

También me consultaban esta otra opción: ¿"O cree Vd. más bien en la solución del problema inmediato por la acción y presión de un sector de fuerzas único -las monárquicas- mientras que otras fuerzas españolas se abstendrían de toda intervención que pudiera dañar a esa transmisión de poderes?". Contesto como contesté hace veinticinco años a los que me planteaban la pregunta: no creo en la capacidad de las fuerzas monárquicas para resolver una etapa provisional, aun contando con la abstención y benevolencia de sus adversarios.

La Monarquía, triunfante en la guerra civil que ella desencadenó -precisa no olvidarlo-, no ha podido ser restablecida porque el General Franco, como Caudillo responsable de la rebelión y administrador de la victoria, comprendió lúcidamente desde el primer día la debilidad intrínseca del régimen monárquico por carecer de fervores populares. Si practicase de verdad la democracia y restableciese las libertades, sería bien pronto desbordado, derribado, barrido; y si mantuviera en secuestro las libertades, ¿para qué la Monarquía? ¿No es más útil, eficaz y segura la dictadura?

En otros países, con otra historia y con otra estructura social -Inglaterra, los países nórdicos, Bélgica y Holanda- la Monarquía constitucional puede ser aceptable, aunque en ningún caso sea deseable, mientras respete las libertades públicas y merezca el asentimiento del pueblo. En España, no hay otra Monarquía posible que la absoluta y autoritaria.

Por eso, independientemente de lo que la Institución monárquica pueda representar como ideal político en otras naciones, lo cierto es que en España los monárquicos han sido el estorbo en el camino de esa coalición nacional con que algunos soñaron, por la pretensión inaceptable de heredar y suceder a Franco, con Franco, sin él o contra él, según los casos, pero siempre sin previo consentimiento de la voluntad popular.

Y si mañana esa operación se consumara, los españoles, republicanos o no, lo interpretarán como una superchería y como una afrenta. Eso no sería restaurar un régimen democrático y constitucional, sino imponer una vez más al país un régimen absolutista. ¿Cómo aceptar que se le niegue al pueblo español, con su abolengo, su historia y su rango de nación civilizada y civilizadora, el ejercicio de la facultad constituyente, el derecho a practicar la democracia en el acto fundamental de elegir su propio sistema político, en un siglo en que se les reconoce esa facultad a los pueblos apenas salidos de la selva?

Semejante régimen tendría los mismos vicios originales de ilegitimidad que la monocracia franquista, sin la violencia intrínseca que a ésta le ha permitido actuar como fuerza de ocupación sobre el país y contener la pre-

sión de la rebeldía popular, naturalmente hasta que un día reviente de manera dramática.

No; en España no hay, no puede haber otra solución nacional, justa, pacificadora, progresiva, que el restablecimiento de la República, previo el rescate de la soberanía popular que, a nuestro juicio, llevará necesariamente a ella.

= La República de ayer y de mañana.

¿Que la República a secas, la República del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, no basta? ¿Que no basta la libertad? Id a decirle a un prisionero que la libertad no es suficiente. ¿Para qué la libertad? La libertad, ha dicho Don Claudio Sánchez Albornoz, es en sí misma meta y camino. La libertad es fin en sí misma porque es la condición primera, la premisa de todos los demás fines a que puedo aspirar el hombre. Lo primero, salir del presidio, y luego unos irán a la fábrica, otros al campo, otros a la biblioteca, o al templo, o a la sala de conciertos, o a la casa de lenocinio, o se tumbarán cara al cielo para gozar el placer divino de la holganza, tomando el sol y respirando el aire libre.

Lo primero, abrir las puertas del presidio franquista, restablecer la convivencia libre de la ciudadanía, y luego, cada cual se aplicará a crear la sociedad que considere más justa; libremente, pero respetando el derecho que los demás tienen también a vivir en libertad. La República es un ideal de creación. Si de buenas a primeras nos regalasen un mundo perfecto, una sociedad perfecta, en que todo estuviera hecho y logrado, ¿para qué querríamos la libertad y aun la vida? No habiendo nada que hacer, sería preferible echarse a dormir en el mundo quimérico de la droga, esperando la hora de la muerte.

La República, ¿qué República? me preguntan algunos. República, en esencia, como forma de Gobierno, no hay más que una, la que se funda en la libertad del hombre, la independencia de las naciones y la soberanía del pueblo. La República no es una palabra, sino una idea y un contenido. Esos regímenes espúreos, como el de Portugal, o el de los Coroneles griegos, o el de los dictadores suramericanos, que se ponen la etiqueta republicana, pero que en realidad son monocracias u oligarquías, usurpan un nombre prestigioso que no les pertenece. Es como esos regímenes feudales de Asia y Africa que con llamarse socialistas ya creen que pueden seguir practicando, ante el respeto de los intelectuales papanatas, que hay muchos, la esclavitud y hasta la antropofagia. No; el socialismo supone una estructura social y mental sólo apropiada para hombres libres y civilizados. Hay dos cosas, me decía días atrás, comentando este asunto, mi querido amigo el Almirante Don Luís Monreal, hay dos cosas que no puede ser nunca un antropófago: ni socialista, ni vegetariano.

¿Qué República? Desde luego no la República de Procrusto, aquél bandido legendario de la antigua Grecia que dicen había dado en la manía de que todos los hombres habían de tener la misma talla: la talla de Procrusto. Procrusto mandó construir un lecho de hierro, del tamaño del hombre perfecto: el suyo, naturalmente. Y cuando en sus correrías cogía algún prisionero, lo tumbaba sobre el lecho de hierro, y si era más largo le cortaba lo que sobrare, y si más corto, lo desgarraba hasta acomodarlo al tamaño ideal, el tamaño de Procrusto. En el mundo moderno hay demasiados Procrustos intelectuales que se creen poseedores de la única forma posible de vida social, y que quisieran imponerla al pueblo, sin tomarle la medida y, sobre todo, sin

pedirle su consentimiento. La República de Procrusto, ¡no! porque necesariamente ha de ser reaccionaria, cualesquiera que fueren sus atavios exteriores. La República, republicana; no una forma de gobierno, sino una especie de Estado en que caben tantas formas de gobierno como la conciencia libre de la nación sea capaz de imaginar y crear.

¿La dictadura provisional de un partido sedicente revolucionario? No hay, ni ha habido nunca, ni puede haber dictaduras provisionales y revolucionarias. Todas las dictaduras son necesariamente retrógradas. Las llamadas dictaduras del proletariado son siempre dictaduras sobre el proletariado, y aun contra el proletariado, ejercidas por una oligarquía doctrinal y sectaria que intelectualmente se afirma poseedora del lecho de Procrusto.

Ninguna dictadura, además, se resigna a ser provisional. Todas, por la dialéctica misma del sistema, propenden a perpetuarse mediante el terror, en el que al fin perecen, por haber cerrado la transición pacífica a la normalidad. Mal oficio el de tirano, decía nuestro genial Quevedo, que si no despeña lo despeñan.

Se dirá, ¿es que pretendéis volver a la Constitución de 1931? No, volver, no; regresar, no; avanzar, pues que la mayor parte de las estructuras políticas y sociales que en aquella Constitución se perfilaban -y que no hubo tiempo material de plasmar en realidad- son todavía metas lejanas. En todas partes, pero singularmente en un país como el nuestro que no ha asimilado todavía el principio fundamental de la Constitución de 1812 -¡hace 160 años!- de que España no es patrimonio de ninguna familia o persona; lejana aspiración todavía, pues que, ya lo véis, España ha vuelto a ser patrimonio de la familia Borbón, si bien usufructuado por ahora por un administrador intruso que ha realizado el ideal de todos los administradores de emparentar con la familia propietaria del patrimonio. ¡Qué vergüenza!

No; volver, no; avanzar. Replico como Voltaire al cortesano que le preguntaba de qué noble familia descendía: "Yo, señor, no desciendo. Yo asciendo".

Nosotros, los republicanos, ascendemos, hacia una República en que a todos los ciudadanos se les garanticen los mismos derechos y se les exijan los mismos deberes; la República en que todas las autoridades emanen del pueblo y sean responsables de su gestión ante el pueblo; la República en que todas las nacionalidades de la península, y no sólo las nacionalidades, sino las ciudades, villas y sindicatos se administren autónomamente, designando y renovando periódicamente en elecciones libres sus autoridades o administradores, sean municipales, regionales o sindicales; la República donde cada cual sea libre para adorar o desconocer a Dios, con arreglo a la fe o a la incredulidad de su propia conciencia; la República en que la escuela esté igualmente abierta para todos, y la universidad reservada a la vocación, la competencia y el talento, no a la riqueza y al privilegio; la República en que los trabajadores ejerzan el derecho de libre sindicación, con arreglo a las preferencias ideológicas de cada cual, y participen en la gestión, dirección y propiedad de las empresas; la República en que los asalariados, mientras los haya, puedan ejercer pacífica y legalmente el derecho de huelga, sin riesgo de afrontar los fusiles de la guardia civil o las porras de los granaderos; la República en que los derechos del trabajo prevalezcan sobre los privilegios de la propiedad, que es en lo que al decir de Prudhon consiste la esencia del socialismo; en que, consiguientemente, vayan desapareciendo las injusticias y desigualdades sociales; la República en que no coexistan más junto al palacio del noble la choza del mendigo, junto al arriño el harapo, junto a la gula los mandrugos; en que los desheredados del campo no arrastren vida incierta

y misera, hacinados en promiscuidad más propia de bestias que de seres humanos, en sucia vivienda de adobe y paja, sin otro opio para sus penas que las plegarias de la religión o el rasgueo de la guitarra, ni otra compensación a sus amarguras que la alegría artificial y pasajera del piadoso vino, mientras los señoritos ociosos, amos de la tierra, dilapidan en tertulias cortesanas, en casinos de moda o en playas extranjeras la riqueza acumulada a costa del sudor, la humillación y a veces la sangre del campesino hambriento; la República, en fin, donde reine la paz verdadera, como fruto generoso de la libertad política, de la solidaridad social y de la justicia económica.

=o=o=o=o=

o